

LA VOZ DE LA CARIDAD.



NUM. 71.—15 de Febrero de 1873.

*Dios es caridad. (San Juan,
Epíst. I, 4, 8.)*

ADVERTENCIA.

Continuamos todavía privados en este número de los escritos de nuestra apreciabilísima colaboradora la Señora de Arenal, porque continúa también por desgracia su dolorosa enfermedad. La poesía suya que publicamos es un trabajo antiguo ya.

La Redaccion.

EN NOMBRE DE LOS POBRES, A.....

Doña I. G. de S. Recibida la ropa, y muchas gracias.

Doña M. R. A. de B. Gracias por la chaqueta.

D. F. F. (de Colonia). Recibidos por conducto de D. V. R. A. los 1.500 rs.; gracias al benéfico extranjero, que mira como compatriotas á todos los desgraciados.

LEGADO DE LA SEÑORA AVELLANEDA.

La acción generosa de la Sra. Condesa de Krasinski, que, como saben nuestros lectores, hizo un donativo de 25.000 francos para obras de beneficencia en España, donativo que sugirió el pensamiento de crear una Sociedad denominada la *Constructora benéfica* con objeto de hacer casas para pobres, ha tenido una digna imitadora en la Sra. Doña Gertrudis Gomez de Avellaneda, que ha fallecido recientemente en esta Corte.

En sus disposiciones testamentarias, lega á uno de los redactores de la VOZ DE LA CARIDAD la cantidad de *treinta y tres mil rs.*, para que la destine á la *Constructora benéfica*, si se realiza, ó en caso contrario, á las obras de caridad que crea mas oportunas. La citada cantidad, previo el descuento del 10 por 100 para pagar la nueva contribucion sobre legados, ha sido entregada por los albaceas al legatario, el dia 9 del corriente, y se halla ya depositada en el Banco de España, ínterin se constituye la *Constructora*, lo cual esperamos va á realizarse muy pronto.

¡Dios premie en la otra vida este rasgo de caridad póstuma de la Sra. de Avellaneda! Notable por su talento, por sus escritos, por sus tareas literarias y por sus actos de caridad, que ya en vida fueron muy distinguidos, deja con este legado un nuevo y grato recuerdo para sus amigos y para los pobres. Estos agradecerán en su dia los efectos de aquella generosa manda; nosotros entre tanto agradecemos la confianza con que nos ha honrado, y á la cual correspondemos cumplidamente.

La Redaccion.

CONTRIBUCION SOBRE LA CARIDAD.

Con motivo del legado caritativo de la Sra. Avellaneda, de que damos conocimiento á nuestros lectores en otro lugar de esta Revista, sugiérenos tristes reflexiones el reciente impuesto sobre legados, por el cual los 33.000 rs. de aquel donativo quedan reducidos á 29.700.

En Inglaterra hay una contribucion *para* pobres, en España se establece una *sobre* los pobres.

Y no se crea que exageramos: es un hecho positivo que acaba de pasar por nuestras manos. La ley de 26 de diciembre último aprobando el presupuesto de ingresos establece, entre otros, el impuesto de diez por ciento en los legados á estraños; y como no hace distincion ni escepcion alguna, quedan incluidos tambien los que se destinan á obras de caridad.

Comprendemos esa contribucion sobre las herencias y legados en general, porque representan una fortuna adquirida por persona determinada; pero en los de caridad, el beneficio es para los pobres, para los que carecen de recursos, y por lo tanto equivale á que entre la mano que socorre y la que recibe el socorro, se interponga la del fisco reclamando un diez por ciento.

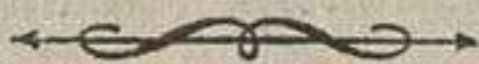
No sabemos á qué principio económico ó de buena administracion responde este impuesto, ni conocemos escuela alguna economista que considere la limosna como capital productor, y por consiguiente imponible. ¿No fuera mas justo, mas conveniente y mas humanitario, sustituir ese impuesto con otro sobre las ganancias de loterías, sobre las diversiones públicas y especialmente sobre las corridas de toros?

Hacemos á los Diputados la justicia de creer que no se fijaron en este punto, al aprobar el presupuesto de ingresos del modo rápido que lo hicieron. Esperamos que alguna aclaracion se pedirá en obsequio y en justicia para los pobres; pero deberá ser ante las Cortes, porque la ley, tal cual está escrita, se presta poco para ello por parte del poder ejecutivo. En efecto, no solo no hace mencion de los legados de beneficencia, sino que haciéndola de los destinados para bien del alma del mismo testador, es para espresar, por si habia duda en ello, que pagarán tambien el diez por ciento como legados á estraños.

Si estas modestas líneas son leidas por algun Sr. Diputado (lo cual es muy posible que no suceda), le rogamos que inicie una aclaracion en el sentido indicado. Mucho se lo agradecerian los pobres, que se verian asi *libres de contribucion*.

Antonio Guerola.

LOS ENEMIGOS DE LA CARIDAD.



El segundo enemigo.

Hay otro enemigo de la caridad, que no es ya audaz y altanero como la *soberbia*, no se presenta al mundo avasallador y dominante, no busca el brillo y la universal adoracion, sino, por el contrario, vive escondido, alienta en la sombra, deslízase en silencio por los rincones mas ocultos: se llama *avaricia*.

La *soberbia*, con garra de fiera, conmueve y destroza el ánimo enloquecido. La *avaricia*, cual reptil dañino, apégase á las fibras, y anida en los pliegues del corazon. El avaro que atesora y guarda y vigila los bienes materiales, como el codicioso que los busca y adquiere y solicita con inquietos afanes, es un sér degradado, ruin y miserable instrumento de una pasion mezquina. ¿Qué son para él los móviles elevados, los intereses morales, las nobles empresas?

Qué valen á sus ojos, ni la áurea palma de la virtud, ni el lauro de la ciencia, ni la corona del heroísmo? Corroído y estenuado por una pasión obscura, que en silencio lo avasalla, ha concentrado toda su voluntad y sus facultades en un mecánico y vergonzoso oficio; ir amontonando noche y día, y apartando del humano comercio, y sepultando en las tinieblas, toda la riqueza que su seca y crispada mano pueda tocar en torno suyo.

¿Qué idea de la riqueza tendrá el avaro? La riqueza, que circula y se aplica á promover el bien de todos, en las variadas formas que el humano estudio y el trabajo incesante encuentran cada día, es activa, fecunda, benéfica; y como premio á su útil empleo, se reproduce y acrecienta. La riqueza empleada en buscar las necesidades para satisfacerlas, los dolores para calmarlos, la virtud para premiarla y tributarle honores, la ciencia para darle estímulo, protección y aplauso, es no solo activa y provechosa, sino santa. Según la frase bellísima y sagrada del Evangelio, *atesora en el cielo* el que da lo que tiene á los necesitados de la tierra. ¿Qué encomio puede hacerse mas expresivo y sublime de la liberalidad? ¡Y qué rebajada y herida queda con él la ruin avaricia! Enfermedad, no *inflamatoria* como la soberbia, cuyas vibraciones y sacudidas espantan, sino de interior *consunción* y de sordo estrago, ataca las entrañas de la existencia moral y seca las fuentes de la vida. El avaro hácese inútil para todo; en cualquier empresa ve un peligro para su caudal idolatrado. Y hácese inútil para todos, para los demás y para sí mismo: el amor al *oro* y su contemplación extática dió muerte á todos los demás amores, hasta al *amor propio*, é hizo como de duro metal su alma, realizando una de aquellas asimilaciones y petrificaciones prodigiosas, de que con tal fuerza de potente fantasía habla Dante en su terrible Infierno.

Ya lo veis, ¡cuán grande enemiga de la caridad es la *avaricia!*....

Yace el miserable avariento sumido en el fondo de la cárcel oscura, que á sí mismo se ha fabricado, para entregarse á solas, ignorado del mundo á quien teme, á las secretas complacencias de la infecunda posesión de sus caudales. Huye de la luz, que le ofusca y le es ingrata, pues como lleva absorvida en su corazón y en su mente la imagen de su tesoro, quiere esconderla también de los resplandores del día, para que no sea por nadie vislumbrada. En su casa lóbrega y hedionda, en un aposento retirado, sin trato humano que odia y teme, sin habla que le es inútil, sin expansiones que no ha menester, sin familia, que ¡ó terror! le arruinaría, sin

abrigo, sin fuego contra el frío, ni antorchas contra las tinieblas, ni decentes vestidos, ni preservativos higiénicos, inclusa la baratísima limpieza, pasa los días pensando con temor en las noches, á los crímenes propicias, y las noches desvelado en pensar con ansia cuándo llegará la luz protectora del día, á la que aborrece para su persona, pero utiliza como guardiana de sus haberes; y vive encastillado entre cerrojos de hierro y pensamientos también de *metal*. A su puerta acércase un pobre. Desnudo, hambriento, enfermo, con rostro pálido y mirada suplicante, le dice:

—«¿Me dais una limosna por amor de Dios?»

El avaro registra con su interior mirada, y ¡desdichado! ni en su casa ni en su alma encuentra esa clase de *amor* que le nombran. Y encojiendo los hombros y arrugando el entrecejo, contesta fría y pausadamente:

—«Todos somos pobres; ¡buenos estamos todos! ¡buenos están los tiempos!»....

¡Caridad! cubre tu bello rostro; y llora; que para tus hijos no hay en este umbral consuelo.

Yace por el contrario un infeliz, víctima de las humanas vicisitudes, que á todos los tiempos y á todas las posiciones alcanzan. O fue pobre siempre, ó, lo que es mayor desgracia, rico antes y despues pobre. Sufre estrecheces y privaciones en el cuerpo, inquietudes en el alma, y dolores. Al visitarle en su triste albergue el *ángel de la caridad*, al que conoció y ama, ángel bello y amoroso, de fuerza sin rival y de vuelo incansable, que lo mismo acude á recoger ofrendas á las cabañas que á los palacios, le dice muchas veces con amargura este hombre: «Hoy nada hice.» ¡Soy tan pobre!.... Y el ángel se aleja callada y tristemente.

Pero llega á aquella mansion de la desgracia un hermano, mas desgraciado todavía. Implora la caridad. Y «entrad, le dice el infortunado que allí se alberga, entrad, casi nada poseo; pero calentaos al lado de estas brasas, descansad de vuestra fatiga, y partiremos este pedazo de pan seco. Me aflige no poder daros mayor socorro, pero ambos amamos á Dios, que todo lo puede; y ambos le pediremos que os auxilie y os fortalezca.»

El pobre se aleja consolado; los males del mundo han sufrido alguna mengua en aquel umbral humilde; la caridad se regocija; y al volver el *ángel de las ofrendas* á conversar con aquel hombre, su amigo, algo le cuenta este que ha hecho en aquel día, aunque avergonzado de que sea tan poco.

Pequeño y duro es el pedazo de pan que el corazón caritativo compartió con el hambriento, pero duro y pequeño y todo ¿no es ese don verdadera generosidad?.... ¿No es la *largueza*?.... ¿Y no tiene en el acto mismo un premio inefable en la alegría y la paz del espíritu de aquel, que ha obrado el bien en favor de los demás hombres?.... ¿Y no podemos acostumbrar á tal virtud nuestra alma, y educar á otros en esa noble y generosa costumbre?.....

Pues he ahí el antídoto contra aquella enfermedad corrosiva, que envenena é inutiliza los bienes de la tierra para hacerlos estériles á las obras de la caridad, y aun á las de la razón y la ciencia.

La caridad tiene muchos enemigos. Este, la *avaricia*, es de los más temibles y declarados. ¿Y en qué error tan grande se inspira!...

El placer mayor de la dicha es el de comunicarla á otros. El mejor empleo de los bienes terrenos, el único digno y propio para que merezcan el nombre de tales, es hacerlos fecundos para la felicidad de muchos: cuantos más, mejor. Aquel vicio del corazón, aquella enfermedad del alma, que los aparta por completo de ese providencial destino, es un grande error de almas enfermizas y rebajadas, un grande abuso de nuestro libre ser moral contra esa Providencia que dirige al mundo, y un grande y execrable *enemigo* de la caridad, contra el cual debemos apereibir nuestro ánimo y el ánimo de cuantos escuchen nuestras bien intencionadas palabras.

Carlos María Perier.

LA CIENCIA DE SER FELIZ.

ARTÍCULO 3.º (*)

La resignacion.

Vimos en el artículo anterior que las creencias religiosas son el elemento principal para poder soportar las penas de este mundo y, por consiguiente, para ser felices en la medida posible y permitida por Dios.

Intimamente enlazado con este elemento y consecuencia directa del mismo, existe otro muy importante, que es la *resignacion*. Con-

(*) Véanse los números 67 y 70.

viene fijar bien la esencia de esta palabra para no dejarnos llevar de juicios inexactos.

Resignacion, en el sentido cristiano y católico, es la sumision dócil á la voluntad de Dios; y bien se concibe por lo tanto que no es posible tenerla sino teniendo tambien verdadera creencia en ese mismo Dios, segun la analizamos en el último artículo.

La resignacion se recomienda como una virtud y lo es realmente; pero como hablamos para todos y especialmente para personas vulgares, conviene observar que esa virtud, bajo cierto punto de vista humano, sin dejar de serlo, viene á subordinarse á los mas triviales principios del sentido comun.

En las relaciones de hombre á hombre, en lo que depende de nuestro libre albedrío, comprendemos que recibida una ofensa ó un perjuicio inferido por otra persona, hay cierto mérito excepcional en resignarse á sufrirlo, porque cabe el no hacerlo así, el tomar otro temperamento, el desviar el golpe, el devolverlo, y todo lo que puede sugerir la lucha de fuerzas iguales.

Pero en otro orden de ideas, de sucesos y de penas, en que todo procede directamente de los decretos de la divina Providencia; en la enfermedad inevitable, en la pobreza incombustible, en la pérdida de personas queridas y en otras aflicciones semejantes, cuando los recursos humanos son impotentes para evitarlas y para curarlas, cuando toda la energía de la voluntad mas firme cede al llegar al límite que Dios le ha puesto, ¿qué sacrificio hay en resignarse á lo que no se puede evitar? ó por mejor decir, ¿quién será tan insensato que no haga de la necesidad virtud, como suele decirse?

Si con gritos de rabia y quejas de dolor y explosiones de desesperacion pudiéramos detener ó amortiguar lo que haya de doloroso en nuestro destino, sería lógico y disculpable el que buscáramos algun consuelo en esos desahogos violentos, y hasta pudiera tacharse de pueril debilidad el inclinar docilmente la cabeza; pero siendo esto absurdo, no habiendo lucha posible de criatura á Criador, el recurso de la ira y de la desesperacion degenera en una especie de insensatez, y nos priva, sin ventaja alguna, del mérito de la abnegacion.

Y que hay verdadero mérito en aceptar resignadamente los golpes adversos de la fortuna, no cabe dudarlo, si se profundiza bien esta idea. La resignacion cristiana supone desde luego un reconocimiento del verdadero y supremo origen de cuanto bueno ó malo nos sucede, lo cual es la base de la fe; supone además una conviccion de nuestra pequeñez, comparada con el inmenso poder de Dios; nos recuerda la *necesidad del dolor*, condicion inevitable de la vida, que mas ó menos pesa desde Adan sobre todos los hom-

bres, sirviendo para el cumplimiento de la justicia divina; nos hace además robustecer el espíritu en cierto ejercicio de energía, con el cual se prepara para la lucha contra la desgracia; y nos acostumbra, en fin, á reconcentrar el alma en una meditacion provechosa, porque si es propio de los felices el desvanecerse con las pequeñeces del mundo, es propio tambien de los desventurados el aislarse de lo fútil y pasajero, para buscar en las verdades eternas y en la buena filosofía cristiana lo que el alma necesita para su vida moral.

Este es el mérito de la resignacion; veamos sus ventajas. Miremos la cuestion hasta bajo un criterio egoista, porque tal van las ideas del mundo, que hay conveniencia en presentar lo útil en armonía con lo debido.

Cuando la desgracia es inevitable y sin remedio humano, se presentan al que la sufre dos caminos distintos: la desesperacion ó la fe; la ira ó la resignacion. Ya hemos dicho que con el primero nada se consigue, ¿porqué no probar si hay consuelos en el segundo?

Los hay indudablemente, aun para los que lo miran bajo un criterio poco religioso, pues teniéndolo completo, el problema se resuelve por sí mismo. En primer lugar, con la resignacion se evita ese aumento de pena, ese nuevo dolor, que produce la impotencia de la rabia, la ira de la desesperacion y la envidia hácia los venturosos. Nadie negará que el que se deja dominar de estos afectos, agrava su propio dolor en vez de dulcificarlo.

Además, á todos nos es grata, y á veces útil, la compasion y la simpatía de nuestros semejantes; ¡cuánto mas podemos, pues, esperarla si nos presentamos con una serenidad resignada, en vez de una irritabilidad quejumbrosa!

Finalmente, como en las fuerzas íntimas de nuestra alma hay mucho de costumbre, que enerva lo mismo para los goces que para las penas, cuando aceptamos tranquilamente los golpes de la desgracia, el espíritu se ejercita en cierta gimnasia del dolor, y llega, si no á dominarlo por completo porque esta es perfeccion que pocos alcanzan, al menos á hacerlo mas soportable, á fuerza de connaturalizarse con sus tristes efectos.

No concebimos nada mas desconsolador que el espectáculo de una persona desgraciada, que no sabe mas que aflijirse y abrumar á los demás con los ayes de una desesperacion infecunda; así como pocos espectáculos hay mas interesantes que el de otra persona, desgraciada tambien, que, al sentir los golpes rudos del infortunio, sabe elevar su alma sobre las mezquindades de la vida, y puede decir con verdadera y consoladora fe aquellas sencillas palabras: *Hágase tu voluntad.*

Importa, sin embargo, no desnaturalizar la índole de la resignacion: por nuestras palabras pudiera alguno pensar equivocadamente que queremos inspirar á los desgraciados y á los pobres una timidez de espíritu, ó una inercia propia sola del fatalismo absurdo de los musulmanes ó del quietismo estúpido de los indios. Nada de eso.

Encarecemos las ventajas de la resignacion en lo que sea inevitable; pero mientras no llegue á serlo, la lucha contra el infortunio, si no degenera en blasfemia y soberbia, no solo es lícita y útil, sino que se convierte en un deber moral. Si en el camino de la vida nos sobrecoge el huracan de la desgracia, no debemos esponernos inermes á sus golpes, mientras tengamos abrigos y amparos que nos puedan proteger. Hay que buscar ese amparo en la razon, en la inteligencia, en la energía de la voluntad y en todo lo que permitan las fuerzas humanas, por débiles que sean; pero todo esto impregnado de un espíritu religioso, de una predisposicion á someternos á los decretos de Dios, cuando la impotencia de nuestros esfuerzos nos revele que esa es su voluntad y que á ella debe someterse la nuestra.

En cuanto á la idea de debilidad que suele atribuirse á la resignacion, es otro error que importa desvanecer. La verdadera debilidad está en el que grita contra la desgracia, porque da á entender que ésta es superior á sus fuerzas. Nadie es mas cobarde que el suicida. Pero el que hace estudio de resignacion para soportar el infortunio y lo acepta con serena calma, se acredita de valeroso para el dolor y parece como que desafía sus iras, porque tiene la conciencia de su fuerza para soportarlas.

Resulta, pues, que la resignacion es una virtud, un deber moral, un consuelo y hasta una ventaja. Por lo tanto, en ese estudio incessante que todos hacemos sin maestro para proporcionarnos la mayor felicidad posible en esta vida, debemos fijarnos en esa sumision dócil y tranquila de nuestra voluntad á otra voluntad omnipotente. Haciéndolo así, tenemos la seguridad de no perder consuelos y la esperanza de adquirirlos; rechazando la resignacion, no hay seguridad ni esperanza mas que de una cosa: de ser cada vez mas infelices. La eleccion, por lo tanto, no debe ser dudosa.

Antonio Guerola.

LAS DOS DIVISAS.

Por E. Souvestre. (Traducido por Doña P. M. de T.)

Dos jóvenes estaban de pie en el despacho de diligencias de Cernay donde acababan de tomar billetes para Kaysersberg. Entram-

bos parecían de la misma edad, unos veinticuatro años, pero su fisonomía ofrecía notables diferencias: el de menos estatura era moreno, pálido, de vivos ademanes, que revelaban su origen meridional; el segundo, por el contrario, alto, rubio y de buen color, presentaba el tipo completo de esa raza mezclada de la Alsacia, en la cual se halla la expansión francesa, modificada por la benevolencia alemana.

Los dos tenían á sus pies sus maletas, cuyas direcciones estaban marcadas con sus respectivos sellos; en la una se leía: Enrique Fortin, Marsella, con esta divisa: *Mi derecho*. En la otra estaba escrito: José Mulsen, y por divisa, *Charitas*.

El encargado del despacho de billetes acababa de inscribir sus nombres en el registro, y añadía la frase obligada, *con dos maletas*, cuando Enrique exigió que se pesaran. El empleado dijo que eso podría hacerse en Kaysersberg, pero el joven alegó lo fastidioso de semejante formalidad en el momento de llegar, añadiendo que tenía derecho á que se verificase allí mismo. El empleado, así hostigado, se resistió; José quiso en vano intervenir, haciendo observar á Enrique que apenas les quedaba tiempo para comer; pero el marsellés, fiel á su divisa, nunca cedía cuando creía tener razón, y lo creía siempre. La discusión se prolongó hasta el momento en que el dependiente, cansado, se decidió á abandonar el campo, subiéndose á su cuarto. Enrique quiso continuar la disputa con el mozo, pero éste afortunadamente no sabía más que alemán, y preciso le fué á nuestro joven resignarse á seguir á la fonda á su compañero, sobre el cual descargó su mal humor.

—¡Dios me perdone! exclamó, así que se hallaron solos; harás condenar á un santo. ¿Cómo no me sostienes ni aun contra la terquedad de ese hombre?

—Me parece, respondió José sonriendo, que era él más bien el que necesitaba de apoyo, según se tratase de un proceso en que amontonabas argumentos, como si estuviesen comprometidos tu honor y tu fortuna.

—Valía más, según tú, no defender mi derecho.

—Cuando el derecho no merece la pena de defenderse.

—Así eres, le interrumpió Enrique con calor, siempre pronto á ceder. Es preciso que te pongan el pie sobre el cuello para obligarte á defenderte. En lugar de mirar el mundo como un campo de batalla, lo consideras como un salón en que solo se hacen cumplimientos.

—No, dijo José, sino como un buque cuyos pasajeros se deben entre sí amistad y tolerancia recíproca. A todos los hombres los considero como amigos, mientras no se me declaren como enemigos.

—Y yo los miro como enemigos hasta que se me declaren como amigos, repondió el marsellés. Es una prudencia que siempre me ha salido bien, y te aconsejo que uses de ella en Kaysersberg. Allí vamos á encontrarnos con los otros herederos de nuestro tío, que no dejarán de disputarnos la herencia por todos los medios que puedan hallar: y por mi parte estoy decidido á no cederles en lo mas mínimo.

Hablando así los dos primos, llegaron á la fonda del *Caballo Blanco*. El comedor donde entraron estaba vacío; pero una gran mesa estaba puesta en una de las estremidades y la fondista acababa de poner en ella tres cubiertos; Enrique la mandó que añadiese el de Enrique y el suyo, pero ella le contestó:

—Escusadme, caballero, no puedo servirlos en esta pieza.

—Y ¿por qué? preguntó el joven.

—Porque las personas para quienes he puesto esos cubiertos desean estar solas.

—Que coman, pues, en su cuarto, respondió bruscamente Enrique. Esta es la sala y la mesa comun, y todo el mundo tiene derecho de entrar y de hacerse servir en ellas.

—¿Qué nos importa comer en esta pieza ó en otra? le preguntó José.

—¿Y qué les importa á esas personas que nosotros estemos aquí? replicó Enrique.

—Ellas han venido antes que vos, respondió la fondista.

—Luego los primeros que llegan ponen la ley en vuestra fonda, replicó Enrique.

—Conozco, por otra parte, á esas personas.

—¿Y os interesan mas que nosotros?

—El señor debe comprender que cuando se trata de parroquianos.....

—Es preciso que los demás viajeros se sometan á sus caprichos.

—Podrán servirlos en otra pieza.....

—Con las sobras de vuestros tres privilegiados, ¿no es verdad?

La fondista pareció ofenderse y dijo:

—Si temeis comer mal en el *Caballo Blanco*, otras fondas hay en Cernay.

—En eso pensaba, contestó Enrique tomando su sombrero.

Y sin escuchar á José, que queria detenerlo, se alejó rápidamente.

Mulsen sabia por experiencia que lo mas seguro era dejar pasar la exaltacion de su primo, porque durante ella cualquier tentativa que se hiciese para apaciguarlo solo servia para exaltar sus disposi-

ciones belicosas. Así, pues, lo dejó que fuese á probar fortuna á otra parte, y se decidió á pedir que lo sirviesen en otra pieza contigua; pero en el momento en que iba á salir del salon, las tres personas que la fondista aguardaba entraron en él.

Eran una señora anciana con una sobrina joven y un caballero como de unos cincuenta años, que parecia servirles de protector. La dueña de la fonda que los acompañaba y les referia lo que acababa de pasar, se interrumpió de repente al ver á José. Este saludó y quiso retirarse, pero el compañero de las dos señoras lo detuvo.

—Siento en el alma, caballero, le dijo con un aire bondadoso, el debate que se ha suscitado. Cuando hemos deseado comer solos, queríamos evitar el roce con ciertos viageros, cuya conversacion y modales hubiesen podido herir la susceptibilidad de estas señoras; pero de ningun modo ha sido nuestro ánimo espulsar del hotel, como nuestro amigo ha parecido creer, á los huéspedes que tienen el mismo derecho que nosotros; y la prueba de esto es que yo os ruego tengais la bondad de sentaros á la mesa con nosotros.

José quiso escusarse afirmando que de ningun modo le habia ofendido una precaucion que le parecia muy natural; pero Mr. de Rosman (este era el nombre del caballero) insistió con un aire tan franco y benévolo, que Mulsen se creyó obligado á ceder. La anciana, que parecia estar poco acostumbrada á viajar, se sentó con su sobrina enfrente de él exhalando un suspiro.

—¿Estais cansada, Carlota? le preguntó Mr. de Rosman.

—¡Que si lo estoy! exclamó la anciana; ¿no os parece bastante motivo pasar un dia entero sufriendo las sacudidas del carruage, no comer á las horas de costumbre, correr mil peligros, porque la diligencia se inclinaba tanto, que no sé cómo no hemos volcado cien veces? ¡Ah señor! diera un año de mi vida porque hubiese concluido este viage.

Por fortuna, querida tia, ese contrato es imposible, observó la joven abrazando á su tia.

—Sí, sí; vosotros os reís de esto, dijo la anciana con un tono entre enfadado y cariñoso; las jóvenes del dia no tienen miedo de nada, lo mismo viajan en caminos de hierro que en buques de vapor; y del mismo modo irian en globo, si para ello hubiese servicio establecido. La revolucion las ha hecho valientes, porque antes no se viajaba sino en carro ó en caballerías y aun para esto se necesitaba tener algun negocio urgente. Yo he oido muchas veces decir á mi difunta madre que ella jamás habia querido viajar sino á pie.

—Y por consiguiente no habia traspasado los límites de su provincia, observó Mr. de Rosman.

—Lo cual no le ha impedido ser una digna y dichosa madre de familia. Cuando el ave construye su nido [permanece en él; pero en el día la costumbre de correr mundo hace que se ame menos el hogar doméstico y que las gentes, que encuentran moradas cómodas en todas partes, se hallen bien lejos de la suya; y esto que puede ser muy ventajoso para la sociedad, hace que los individuos sean menos buenos y menos felices.

—Vamos, Carlota, decididamente estais reñida con los viages, dijo Mr. de Rosman alegremente, pero espero que vuestra aversion no se extenderá hasta la sopa que acaban de servirnos, y que no la haria mejor vuestra cocinera; apelo á vuestra imparcialidad.

(Se continuará.)

VALOR Y PROBIDAD.

Si os place el bélico estruendo
 De tambores y trompetas
 Y el vistoso simulacro
 De evoluciones guerreras;
 Si al marchar acompasado
 Vuestros ojos se recrean,
 Mirando un bosque brillante
 De erizadas bayonetas;
 Si es grato á vuestros oidos
 Oir el clarin que suena,
 Moviendo hombres á millares
 Como una máquina inmensa;
 Si los mas nobles afectos,
 Si las mas justas ideas,
 Si la razon, si el instinto
 No se indignan y sublevan
 Al ver que se sustituye
 Al deber una bandera,
 A la razon, la ordenanza,
 La consigna á la conciencia;
 Si tras de cada soldado
 No se os retrata con pena
 La viña que no cultiva,
 El prado que ya no riega,
 La prometida que burla,

Los amigos que desdeña,
 Su anciana madre que llora,
 Su padre que triste deja,
 El temor que le envilece
 Trasformado en insolencia,
 Y la infame ostentacion
 Impía, torpe y obscena
 Que del cinismo hace alarde
 Y del pudor se avergüenza:
 Tantas virtudes tenidas
 Por debilidad ó mengua,
 Tantos vicios, patrimonio
 De la ociosa soldadesca,
 A quien se brindan amores
 Y el matrimonio se veda,
 Todo ese fatal conjunto
 De esclavitud y licencia
 Que los hábitos deprava
 La moralidad barrena,
 Que del derecho se burla
 Y que la razon afrenta;
 Si el belicoso aparato
 De cajas y de trompetas
 Estos pensamientos tristes
 En el alma no despiertan,
 Y acudís á la parada
 Como á una lucida fiesta;
 Si están allí por acaso
 Los cazadores de Cuenca,
 Mirad, no paseis de largo
 Y sin hacer reverencia,
 Que hay en sus filas un hombre,
 Que no es un hombre cualquiera.
 Ni ciñe luciente espada,
 Ni divisa alguna ostenta,
 Ni se meció en noble cuna,
 Ni se distingue en las letras,
 Y el nombre humilde y modesto
 De Pedro Gutierrez lleva.
 ¿Dónde su mérito estriba,
 Su valía, su escelencia?
 Ignoro si en brava lucha

Se halló su valor á prueba;
Pero el dia del combate
Ha de ser mozo de cuenta,
Segun arrostra el peligro
Cuando no hay de la pelea
El temor que hace cruel,
Ni la cólera que ciega,
Ni la vanidad del triunfo,
Ni de la fuga la mengua,
Ni el aparato que ofusca,
Ni la ambicion que espolea.
En una apartada calle
Las llamas se enseñorean
De una casa, cuyos dueños
Se dan á huir con presteza,
Mas atentos á salvarse
Que á los bienes que allí dejan.
Sin temor ya por la vida
Se acongojan por la hacienda,
Y al contemplar su ruina
Se aflijen y se lamentan.
Su dolor mueve á piedad
Al buen cazador de Cuenca,
Y audaz al fuego se lanza
Y su noble vida arriesga.
Grave error, porque una vida
Aunque menos digna fuera,
Mas valor tiene y mas precio
Que tesoros y riquezas;
Pero los fuertes impulsos
No se miden ni se pesan,
Ni el hombre que mucho vale
Es quien mucho por sí vela;
Que cuanto el alma es mas grande,
Cuanto mas pura se eleva,
Son mas débiles los lazos
Con que está unida á la tierra.
Por eso el noble mancebo
Su riesgo no tiene en cuenta
Y avaro de dar consuelos
Busca joyas y preseas,
Y así que las pone en salvo,

De nuevo en las llamas entra,
 Hasta que el fuego le ataja
 Y hasta que el humo le ciega.
 Hace el esfuerzo postrero,
 Y con júbilo y sorpresa,
 Una gran bolsa con oro
 Ve, la coje, huye con ella.
 ¡Soldado! Si fuera tuyo
 La mitad de lo que encierra,
 Del servicio de las armas
 Romperías la cadena,
 Tu *contribucion de sangre*
 Pagarán esas monedas,
 Quedarás; tú *redimido*,
 Tu pobre madre sin pena.
 Estos dulces pensamientos,
 Si te vienen, los desechas,
 Buscas á tu Capitan,
 Y una mano en la visera
 Sostiene la otra el bolsillo
 Y cual le hallaste le entregas.
 Lo ve el gefe con asombro,
 Das tranquilo media vuelta,
 Y sin sospechar que hiciste
 Cosa que encomio merezca,
 Despues de comer el rancho
 Duermes en tu cama estrecha.
 Los que vais á la parada
 Como á una lucida fiesta,
 Si están allí por acaso
 Los cazadores de Cuenca,
 Mirad no paseis de largo
 Y sin hacer reverencia
 Al que ha dado de valor
 Y de probidad tal muestra;
 Y apretándole la mano
 Decidle: Hay quien te respeta
 Mas que si en purpúrea faja
 Tres entorchados lucieras.

Concepcion Arenal.